LA DECADA DE MARGARET THATCHER



Fotomontaje: Alejandro Elías

Luego de su tercera reelección en el cargo de primera ministra, los británicos la apodaron ''la mujer Duracell'', porque —como las pilas— dura más. Pese a que ha permanecido diez años en el poder, ''la dama de hierro'' no ha sufrido los efectos de la corrosión. Sin embargo, sus asesores pretenden ahora remozar su imagen convirtiéndola en una suerte de ''superdama'' que no descarta la seducción como herramienta política

LA COMEZON DEL DECIMO AÑO

Por Walter Goobar

Cette femme Thatcher —con sus ojos como los de Calígula y la boca como Marilyn Monroe'', comentó hace unos años el presidente François Mitterrand inaugurando el nuevo mito que ahora rodea a esa mujer dura e inconmovible que huele a una extraña mezcla de whisky y perfume y coquetea con un sutil halo de moderno pecado victoriano. Anteriormente, otro presidente francés —Valéry Giscard D'Estaing— había sentenciado que la Thatcher no le gustaba ''ni como mujer ni como hombre''. A los 64 años y en momentos en que cumple 10 años en el poder Margaret Hilda Thatcher quiere mantener viva la imagen de ''Dama de Hierro'', pero, al mismo tiempo, puede permitirse el lujo de explotar el atractivo de su sensualidad e intenta convertirse en lo que su equipo de asesores de imagen denomina ''La Superdama''.

Uno de los grandes aciertos económicos del último congreso conservador que se llevó a cabo en Brigthon el año pasado, fue la venta del perfume ''Rossette'', tácitamente bendecido por la Thatcher como la fragancia oficial de los conservadores y, probablemente, el único motivo para que ''Rossette'' se haya convertiro en un éxito de ventas en las pasadas navidades británicas.

Lo que hay que tener

''Lo que me impactó fue la fuerza de su sensualidad femenina. Es algo que una mujer no logra ni en los salones de belleza ni haciendo dieta; sencillamente es algo que se tiene o no se tiene. Eso me hizo consciente del especial atractivo de Margaret Thatcher'', escribió un periodista británico, no precisamente conservador, poco después de recibir el premio anual al mejor crítico de la primera ministra.

No se han publicado muchas fotos de la señorita Margaret Hilda Roberts que insinúen su recientemente despertada sensualidad. Lo cierto es que Maggie, la hija de un almacenero y nieta de un zapatero de Grantham no era ninguna vampiresa, tan sólo una joven atractiva de mirada fría. Es más probable, en todo caso, que el glamour que ejerce en la actualidad (y que tiene más que ver con la energía que con la elegancia) sea, en realidad, el resultado del ejercicio del poder, combinado con el trabajo de su equipo de asesores de imagen que en los últimos años han trabajado denodadamente para convertir a la primera ministra en algo más que en la ''mujer Duracell'' apodo que se ganó después de que los británicos le renovaron por tercera vez su confianza, porque —como las pilas— ''dura más''. Si bien Margaret Thatcher tuvo que pelear con energía, tal vez más energía que un hombre para convencer a los propios conservadores británicos que una mujer podría tener éxito allí donde su antecesor Edward Heath fue derrotado, es inne-

gable que en la actualidad la Thatcher hace todo lo posible por cimentar el mito que se ha formado en torno suyo:

"Yo no soy inmortal, sólo casi y pienso mantenerme en el cargo como primera ministra, inclusive después de la próxima elección. Todo el tiempo busco candidatos aptos para sucederme pero es difícil encontrar uno adecuado", declaró recientemente la premier en una entrevista al diario *The Times*.

Un cambio en la marea

Una tarde de 1979, cuando la campaña electoral entraba en su fase final, el primer ministro James Callaghan se volvió hacia uno de sus asesores mientras viajaban en automóvil hacia el despacho de Downing Street 10 y le formuló una suerte de vaticinio: "Tal vez ocurran una vez cada treinta años, pero tengo la impresión que hay momentos en que se producen profundos cambios en la política, como un cambio de marea.

"No importa lo que uno haga o uno diga, si hay un cambio en lo que el público quiere y aprueba". Y el —entonces— premier británico continuó: "En este momento hay uno de esos cambios de marea, y es para la señora Thatcher". Unos pocos días más tarde, Margaret entraba por la puerta grande a Downing Street 10. Si bien ella llegó al poder predicando los valores de la moral victoriana, donde la mujer es pasiva y cuidadosa mientras que el hombre representa la fuerza motriz de la sociedad, quienes pensaron que la primera mujer que accedía al puesto de primera ministra en Gran Bretaña iba a ejercer la política desde su lado femenino y maternal, no tardaron en darse cuenta de su error. Durante la última década, una ideología política radical —el thatcherismo— ha barrido con el consenso que regía la flemática política británica desde la Segunda Guerra Mundial, y ha modificado las anteriores fronteras entre el Estado y las fuerzas sociales. Los otrora poderosos sindicatos fueron brutalmente castigados y prácticamente obligados a la sumisión luego de la huelga de los mineros en 1984/85. Ni siquiera cuando la cifra de desocupados superó los tres millones, la primera ministra mostró algún tipo de vacilación en torno de su política. En la actualidad, con la fuerza que le proporcionan los tres triunfos electorales, el gobierno Thatcher encara la privatización del agua, la electricidad y pretende inyectar la libre competencia en el seno de la más importante creación del Welfare State, el Servicio Nacional de Salud. Su lema para la década de los '90 es "Gobierno fuerte, mercado libre". Recién ahora, cuando va a cumplir diez años en el cargo elogia, en cuanto puede, la capacidad de trabajo y entrega de la mujer. Su política no es tan femenina, mucho menos feminista como pudiera hacer pensar su prédica, pero no le importa.

Una mujer con fortuna

"Señora primera ministra, usted necesita tener suerte todos los días. A nosotros nos alcanza con tener suerte solamente una vez" constataba un comunicado del Ejército Republicano Irlandés (IRA) emitido en 1984 luego del atentado dinamitero contra el congreso de los conservadores en Brighton cuando la fortuna hizo que Margaret Thatcher salvara casi milagrosamente la vida. Para Airey Neave, uno de sus amigos más cercanos, la suerte era uno de los atributos de la Thatcher.

Desafortunadamente fue Neave quien posteriormente pereció víctima de un atentado. Enemiga jurada del IRA, no duda ni por un instante en recurrir a métodos terroristas para aniquilar a los irlandeses alzados en armas. Para ella, cualquier concesión es impensable.

En política exterior Margaret Thatcher está acostumbrada a imponer su criterio sin encontrar resistencia. Desde que la guerra de las Malvinas le brindó la oportunidad de plantarse firme, nada ni nadie le ha hecho sombra en casa. Tuvo confrontaciones serias con Kohl y Mitterrand, supo aprovechar su relación privilegiada con Reagan y, al compás de los cambios en las relaciones Este-Oeste descubrió que "podía hacer negocios" con Gorbachov.

Cuando en 1974 fue nominada para reemplazar a Edward Heath, un veterano conservador aseguró que su partido había elegido suicidarse al elegir a una desconocida. Los laboristas festejaban. La secretaria privada de Harold Wilson, Marcia Falkender, afirmó: "Ahora no hay motivos para preocuparse por la próxima elección. ¿Creen los conservadores que podrán ganar con una mujer al frente del partido?". El resultado fue justamente el opuesto y hoy en el Reino Unido no hay nadie que, seriamente, crea que es posible desalojar de Downing Street 10 a esa mujer con olor a whisky y perfume, poder y sensualidad.

LABORISMO INGLE

UNA MUJER FA

Por Ricardo M. de Rituerto, desde Londres/EL PAIS

En el Reino Unido nadie cree que haya modo de desalojar a Thatcher de Downing Street. Sólo los más voluntaristas miembros del Partido Laborista acarician esa posibilidad, aunque en Westminster es perceptible la depresión que reina en sus filas. Incluso quienes trabajan por una alternativa al actual estado de cosas no pueden menos que mirar al otro lado del Canal de la Mancha para decir que "en Francia los socialistas volvieron al poder al cabo de 25 años", como dice Tessa Blackstone, miembro de la Cámara de los Lores y catalizadora del recién creado Institute for Public Policy Research, un centro de estudios nacido para "decir lo que queramos y pensar lo impensable", y ofrecérselo como alimento intelectual y programático al Partido Laborista.

El margen apuntado por Blackstone coloca a los hoy seguidores de Neil Kinnock en el año 2014. Puede que sea demasiado lejano, pero en la prensa, en la universidad, en los centros de estudios y en el propio Parlamento es un lugar común oír que los laboristas no pueden ganar las próximas elecciones en 1991 o 1992, y que su tarea será aún más cuesta arriba después, cuando la redistribución de las circunscripciones electorales por razones de población añada unos 20 escaños a las zonas de mayoría conservadora en detrimento de las que votan por la izquierda.

Luz verde, luz roja

El Partido Laborista se encuentra con problemas estructurales, internos y externos, que constituyen auténticas trabas a su vocación de poder, sobre la que también se airean dudas. Los estatutos del partido no son asimilables a una sociedad capitalista posindustrial —con su compromiso en favor de "la propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio", según la conflictiva cláusula 4—, y en el seno del grupo los sindicatos constituyen una fuerte hipoteca, como se vio en el último congreso de Blackpool, cuando dieron luz verde a Kinnock para que estudiara nuevas políticas 24 horas antes de negarle los medios de llevarlas adelante. "La cuestión de los sindicatos es algo que hay que abordar", apunta Blackstone. "Tienen que ceder algo de poder para que el laborismo llegue al gobierno".

Al contrario que el Partido Conservador, el Laborista tiene una larga tradición de indisciplina, y su líder ha de dedicar ahora tanto o más tiempo a mantener unidos a los distintos componentes del partido como a perfilar las respuestas al thatcherismo. Las disputas, que deberían ser internas, se libran en la calle, y las dimisiones no pueden menos que atraer la atención del elector, ante el que tales espectáculos acentúan el estereotipo de la consustancial fragmentación laborista. "Tenemos un problema de imagen que



gable que en la actualidad la Thatcher hace todo lo posible por cimentar el mito que se ha formado en torno suyo:

"Yo no soy inmortal, sólo casi y pienso mantenerme en el cargo como primera ministra, inclusive después de la próxima elección. Todo el tiempo busco candidatos aptos para sucederme pero es difícil encontrar uno adecuado", declaró recientemente la premier en una entrevista al diario *The Times*.

Un cambio en la marea

Una tarde de 1979, cuando la campaña electoral entraba en su fase final, el primer ministro James Callaghan se volvió hacia uno de sus asesores mientras viajaban en automóvil hacia el despacho de Downing Street 10 y le formuló una suerte de vaticinio: "Tal vez ocurran una vez cada treinta años, pero tengo la impresión que hay momentos en que se producen profundos cambios en la política, como un cambio de marea.

"No importa lo que uno haga o uno diga, si hay un cambio en lo que el público quiere y aprueba". Y el —entonces— premier británico continuó: "En este momento hay uno de esos cambios de marea, y es para la señora Thatcher". Unos pocos días más tarde, Margaret entraba por la puerta grande a Downing Street 10. Si bien ella llegó al poder predicando los valores de la moral victoriana, donde la mujer es pasiva y cuidadosa mientras que el hombre representa la fuerza motriz de la sociedad, quienes pensaron que la primera mujer que accedía al puesto de primera ministra en Gran Bretaña iba a ejercer la política desde su lado femenino y maternal, no tardaron en darse cuenta de su error. Durante la última década, una ideología política radical —el thatcherismo— ha barrido con el consenso que regía la flemática política británica desde la Segunda Guerra Mundial, y ha modificado las anteriores fronteras entre el Estado y las fuerzas sociales. Los otrora poderosos sindicatos fueron brutalmente castigados y prácticamente obligados a la sumisión luego de la huelga de los mineros en 1984/ 85. Ni siquiera cuando la cifra de desocupados superó los tres millones, la primera ministra mostró algún tipo de vacilación en torno de su política. En la actualidad, con la fuerza que le proporcionan los tres triunfos electorales, el gobierno Thatcher encara la privatización del agua, la electricidad y pretende inyectar la libre competencia en el seno de la más importante creación del Welfare State, el Servicio Nacional de Salud. Su lema para la década de los '90 es "Gobierno fuerte, mercado libre". Recién ahora, cuando va a cumplir diez años en el cargo elogia, en cuanto puede, la capacidad de trabajo y entrega de la mujer. Su política no es tan femenina, mucho menos feminista como pudiera hacer pensar su prédica, pero no le importa.

Una mujer con fortuna

"Señora primera ministra, usted necesita tener suerte todos los días. A nosotros nos alcanza con tener suerte solamente una vez" constataba un comunicado del Ejército Republicano Irlandés (IRA) emitido en 1984 luego del atentado dinamitero contra el congreso de los conservadores en Brighton cuando la fortuna hizo que Margaret Thatcher salvara casi milagrosamente la vida. Para Airey Neave, uno de sus amigos más cercanos, la suerte era uno de los atributos de la Thatcher.

Desafortunadamente fue Neave quien posteriormente pereció víctima de un atentado. Enemiga jurada del IRA, no duda ni por un instante en recurrir a métodos terroristas para aniquilar a los irlandeses alzados en armas. Para ella, cualquier concesión es impensable.

En política exterior. Margaret Thatcher está acostumbrada a imponer su criterio sin encontrar resistencia. Desde que la guerra de las Malvinas le brindó la oportunidad de plantarse firme, nada ni nadie le ha hecho sombra en casa. Tuvo confrontaciones serias con Kohl y Mitterrand, supo aprovechar su relación privilegiada con Reagan y, al compás de los cambios en las relaciones Este-Oeste descubrió que "podía hacer negocios" con Gorbachov.

Cuando en 1974 fue nominada para reemplazar a Edward Heath, un veterano conservador aseguró que su partido había elegido suicidarse al elegir a una desconocida. Los laboristas festejaban. La secretaria privada de Harold Wilson, Marcia Falkender, afirmó: "Ahora no hay motivos para preocuparse por la próxima elección. ¿Creen los conservadores que podrán ganar con una mujer al frente del partido?". El resultado fue justamente el opuesto y hoy en el Reino Unido no hay nadie que, seriamente, crea que es posible desalojar de Downing Street 10 a esa mujer con olor a whisky y perfume, poder y sensualidad.

LABORISMO INGLES

UNA MUJER FATAL

Por Ricardo M. de Rituerto, desde Londres/EL PAIS

En el Reino Unido nadie cree que haya modo de desalojar a Thatcher de Downing Street. Sólo los más voluntaristas miembros del Partido Laborista acarician esa posibilidad, aunque en Westminster es perceptible la depresión que reina en sus filas. Incluso quienes trabajan por una alternativa al actual estado de cosas no pueden menos que mirar al otro lado del Canal de la Mancha para decir que "en Francia los socialistas volvieron al poder al cabo de 25 años", como dice Tessa Blackstone, miembro de la Cámara de los Lores y catalizadora del recién creado Institute for Public Policy Research, un centro de estudios nacido para "decir lo que queramos y pensar lo impensable", y ofrecérselo como alimento intelectual y programático al Partido Laborista.

El margen apuntado por Blackstone coloca a los hoy seguidores de Neil Kinnock en el año 2014. Puede que sea demasiado lejano, pero en la prensa, en la universidad, en los centros de estudios y en el propio Parlamento es un lugar común oír que los laboristas no pueden ganar las próximas elecciones en 1991 o 1992, y que su tarea será aún más cuesta arriba después, cuando la redistribución de las circunscripciones electorales por razones de población añada unos 20 escaños a las zonas de mayoría conservadora en detrimento de las que votan por la izquierda.



Luz verde, luz roja

El Partido Laborista se encuentra con problemas estructurales, internos y externos, que constituyen auténticas trabas a su vocación de poder, sobre la que también se airean dudas. Los estatutos del partido no son asimilables a una sociedad capitalista posindustrial —con su compromiso en favor de "la propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio", según la conflictiva cláusula 4—, y en el seno del grupo los sindicatos constituyen una fuerte hipoteca, como se vio en el último congreso de Blackpool, cuando dieron luz verde a Kinnock para que estudiara nuevas políticas 24 horas antes de negarle los medios de llevarlas adelante. "La cuestión de los sindicatos es algo que hay que abordar", apunta Blackstone. "Tienen que ceder algo de poder para que el laborismo llegue al gobierno".

Al contrario que el Partido Conservador, el Laborista tiene una larga tradición de indisciplina, y su líder ha de dedicar ahora tanto o más tiempo a mantener unidos a los distintos componentes del partido como a perfilar las respuestas al thatcherismo. Las disputas, que deberían ser internas, se libran en la calle, y las dimisiones no pueden menos que atraer la atención del elector, ante el que tales espectáculos acentúan el estereotipo de la consustancial fragmentación laborista. "Tenemos un problema de imagen que procede de principios de esta década —señala Blackstone—, de un partido dividido, con una extrema izquierda, y de un partido controlado por los sindicatos. El debate y los ataques son públicos, y eso se tiene que acabar. De hecho ya están cambiando las cosas." Y a poco de pronunciar estas palabras, dos destacados portavoces laboristas dimiten, en desacuerdo con las directrices dadas para una votación parlamentaria.

El otro elemento que dificulta la marcha laborista está fuera del partido, y es el hecho de que el mensaje laborista está dirigido a un elector y a unas zonas geográficas que cada vez tienen menos trascendencia. El sector manufacturero tradicional ha sido desplazado por la economía de servicios, y con ello se ha reducido el número de electores en áreas históricamente laboristas. Kinnock instituyó hace un año largo siete comisiones de estudio para buscar nuevas respuestas políticas a la nueva situación. El trabajo no estará terminado hasta septiembre, pero los resultados producidos hasta ahora no son arrebatadoramente atractivos. Se quiere desde mostrar competencia en la gestión económica hasta perfilar una política de defensa que no descarte ni el multilateralismo ni el bilateralismo ni el unilateralismo en la cuestión nuclear.

"Yo apoyo al Partido Laborista y apoyo inequívocamente al líder del Partido Laborista", dice Ron Todd, líder del principal de los sindicatos afiliados al laborismo y el hombre que frenó en seco a Kinnock en ackpool. "Pero creo que estamos destruyendo las mismas cosas sobre las que está construido el partido". Para Ralf Dahrendorf, decano del Saint Anthony's College, de Oxford, sociólogo y politólogo, "uno de los problemas del Partido Laborista es que mira continuamente a su historia y no se da cuenta de que el mundo a su alrededor ha cambiado y que si se sigue moviendo a esa velocidad nunca va a dar soluciones a los problemas de la gente de hoy". Según Dahrendorf, ideólogo liberal germano y anglófilo crítico, "ese conflicto es uno que el Partido Laborista no sabe cómo abordar". Stuart Hall, sociólogo marxista, cree que "la izquierda no está convencida de que no puede continuar por el viejo camino".

Y sin embargo hay elementos en qué basar un rechazo de los aspectos más crudos del thatcherismo. "Puede que haya que hacer una elección entre valores económicos y valores sociales y que haya que hacer sacrificios", comenta Dahrendorf. "Thatcher dice que hay que hacer sacrificios en aras del avance económico."

Son sacrificios sociales que a la primera ministra la han obligado a oír críticas llegadas desde la Iglesia y desde otros sectores. El decano de Saint Anthony's señala la existencia de "una minoría de la población en posición muy difícil". Para Blackstone, Thatcher "es la persona más ideologizada que hemos tenido desde hace mucho tiempo" en Downing Street. "Es peligroso dirigir al país sobre el dogma, y eso es lo que ella hace."



El PODER TIENE CARA DE MUJER

En Tokio, los socialistas llamaron a una mujer para rescatar a su partido, amenazado por la derrota electoral. En San Pablo, los votantes eligieron a una mujer para salvar del marasmo a la cuarta metrópoli del mundo. En Italia, la Cicciolina cosechó miles de votos en contra de la energía nuclear y a favor de la energía sexual.

(L'Evénement de Jeudi)

Hay mujeres jefas de Estado o de gobierno hasta en los dominios del Islam. En Pakistán, los campeones de la virilidad, vencidos por la elegante Benazir Bhutto, tienen que someterse o dimitir, pese a que soldados y mullahs (sacerdotes) habían jurado que jamás se dejarían gobernar "por alguien que use pulseras".

Benazir Bhutto y Cory Aquino, en Filipinas, no fueron las primeras en llevar lo femenino al Estado. Pero las reinas y zarinas que las precedieron no tenían que conquistar los votos de los hombres. La sangre de Catalina la Grande (en Rusia) le daba legitimidad. En rigor, un buen matrimonio permitía abrigar cualquier esperanza.

En una democracia, por balbuceante que ella sea, para pretender gobernar, primero hay que convencer de que se tiene capacidad, lealtad y honestidad. Es inútil presentarse ante los electores sin haber conquistado al menos a los militantes de su partido o de su clan. Pero eso es lo más difícil. Una mujer más en una lista electoral es un lugar menos para los hombres. Hay que preguntárselo a los socialistas franceses, que, a un mes de las elecciones municipales, luchaban todavía por obtener un 30 por ciento de las candidaturas.

Es duro ser mujer en política. Incluso cuando se las adula, las imágenes remiten siempre a los viejos clichés machistas. Ben Gurion, que admiraba la firmeza de su ministra de Relaciones Exteriores y futura primera ministra de Israel, Golda Meir, la consideraba como "el único hombre de mi gobierno". Y ella misma se definía como "una abuela judía que lucha por los niños del





procede de principios de esta década —señala Blackstone—, de un partido dividido, con una extrema izquierda, y de un partido controlado por los sindicatos. El debate y los ataques son públicos, y eso se tiene que acabar. De hecho ya están cambiando las cosas." Y a poco de pronunciar estas palabras, dos destacados portavoces laboristas dimiten, en desacuerdo con las directrices dadas para una votación parlamentaria.

El otro elemento que dificulta la marcha laborista está fuera del partido, y es el hecho de que el mensaje laborista está dirigido a un elector y a unas zonas geográficas que cada vez tienen menos trascendencia. El sector manufacturero tradicional ha sido desplazado por la economía de servicios, y con ello se ha reducido el número de electores en áreas históricamente laboristas. Kinnock instituyó hace un año largo siete comisiones de estudio para buscar nuevas respuestas políticas a la nueva situación. El trabajo no estará terminado hasta septiembre, pero los resultados producidos hasta ahora no son arrebatadoramente atractivos. Se quiere desde mostrar competencia en la gestión económica hasta perfilar una política de defensa que no descarte ni el multilateralismo ni el bilateralismo ni el unilateralismo en la cuestión nuclear.

"Yo apoyo al Partido Laborista y apoyo inequívocamente al líder del Partido Laborista", dice Ron Todd, líder del principal de los sindicatos afiliados al laborismo y el hombre que frenó en seco a Kinnock en ackpool. "Pero creo que estamos destruyendo las mismas cosas sobre las que está construido el partido". Para Ralf Dahrendorf, decano del Saint Anthony's College, de Oxford, sociólogo y politólogo, "uno de los problemas del Partido Laborista es que mira continuamente a su historia y no se da cuenta de que el mundo a su alrededor ha cambiado y que si se sigue moviendo a esa velocidad nunca va a dar soluciones a los problemas de la gente de hoy". Según Dahrendorf, ideólogo liberal germano y anglófilo crítico, "ese conflicto es uno que el Partido Laborista no sabe cómo abordar". Stuart Hall, sociólogo marxista, cree que "la izquierda no está convencida de que no puede continuar por el viejo camino".

Y sin embargo hay elementos en qué basar un rechazo de los aspectos más crudos del thatcherismo. "Puede que haya que hacer una elección entre valores económicos y valores sociales y que haya que hacer sacrificios", comenta Dahrendorf. "Thatcher dice que hay que hacer sacrificios en aras del avance económico."

Son sacrificios sociales que a la primera ministra la han obligado a oír críticas llegadas desde la Iglesia y desde otros sectores. El decano de Saint Anthony's señala la existencia de "una minoría de la población en posición muy difícil". Para Blackstone, Thatcher "es la persona más ideologizada que hemos tenido desde hace mucho tiempo" en Downing Street. "Es peligroso dirigir al país sobre el dogma, y eso es lo que ella hace."



El PODER TIENE CARA DE MUJER

En Tokio, los socialistas llamaron a una mujer para rescatar a su partido, amenazado por la derrota electoral. En San Pablo, los votantes eligieron a una mujer para salvar del marasmo a la cuarta metrópoli del mundo. En Italia, la Cicciolina cosechó miles de votos en contra de la energía nuclear y a favor de la energía sexual.

(L'Evénement de Jeudi)

Hay mujeres jefas de Estado o de gobierno hasta en los dominios del Islam. En Pakistán, los campeones de la virilidad, vencidos por la elegante Benazir Bhutto, tienen que someterse o dimitir, pese a que soldados y mullahs (sacerdotes) habían jurado que jamás se dejarían gobernar "por alguien que use pulseras".

Benazir Bhutto y Cory Aquino, en Filipinas, no fueron las primeras en llevar lo femenino al Estado. Pero las reinas y zarinas que las precedieron no tenían que conquistar los votos de los hombres. La sangre de Catalina la Grande (en Rusia) le daba legitimidad. En rigor, un buen matrimonio permitía abrigar cualquier esperanza.

En una democracia, por balbuceante que ella sea, para pretender gobernar, primero hay que convencer de que se tiene capacidad, lealtad y honestidad. Es inútil presentarse ante los electores sin haber conquistado al menos a los militantes de su partido o de su clan. Pero eso es lo más difícil. Una mujer más en una lista electoral es un lugar menos para los hombres. Hay que preguntárselo a los socialistas franceses, que, a un mes de las elecciones municipales, luchaban todavía por obtener un 30 por ciento de las candidaturas.

Es duro ser mujer en política. Incluso cuando se las adula, las imágenes remiten siempre a los viejos clichés machistas. Ben Gurion, que admiraba la firmeza de su ministra de Relaciones Exteriores y futura primera ministra de Israel, Golda Meir, la consideraba como "el único hombre de mi gobierno". Y ella misma se definía como "una abuela judía que lucha por los niños del



El PODER TIENE CARA DE MUJER

mundo'' en peligro. ¿Quién la aceptaba como lo que era, una mujer con diseño político? Casi como para creer que faldas y poder político son definitivamente incompatibles. Indira Gandhi demostró lo contrario —y hay que ver con qué muñeca— durante los 17 años que estuvo a la cabeza del gobierno indio. Pero sigue siendo la *Madre de la India.* Los hombres aceptan ser dirigidos por sus madres, pero no por cualquier mujer y, sobre todo, no por las que pueden inspirarles deseo.

Bellas, jóvenes, sexys son sospechosas. Pero, al mismo tiempo, cuidado con las mal peinadas o mal vestidas: son indignas de representar a los hombres. La pinta está primero. Después, ellos se preocupan de sus méritos. Con su cabeza blanquinegra, es un milagro que Golda Meir haya tenido éxito en política. Pero su coraje no tenía límites; al punto de haber callado durante diez años la enfermedad que terminó con ella y de haber hecho olvidar que había tenido la mala idea de separarse de su marido, Morris Meyerson, más sensible al monólogo interior de Joyce que a los ideales sionistas.

En Noruega, la doctora Gro Harlem Brundtland ejerce actualmente por segunda vez el cargo de primera ministra en representación del Partido Laborista, pese a que comparte almohada con un activo conservador, experto en política exterior y defensa y padre de sus cuatro hijos.

En Brasil, una mujer pequeña, miope, entradita en carnes, pero sonriente, Luiza Erundina, hizo caer la Bolsa en seis puntos en noviembre pasado, cuando conquistó la alcaldía de San Pablo, la ciudad más poblada de América del Sur. Luiza tuvo que dar una batalla tan ardua como la de Maggie Thatcher para ser nominada candidata del Partido de los Trabajadores (PT), cuyo principal dirigente, el popular Luiz Inácio Da Silva (Lula), le hizo la guerra, aunque más por razones políticas que por sus faldas.

Una mujer sin nombre es lo que ellos más rechazan. Sólo en Islandia, una madre soltera, Vigdis Finnbogadottir, de 58 años, puede postular a la presidencia de la República y ser elegida tres veces, la última de ellas con un 92,7 por ciento de los votos y en competencia con... otra mujer.

Herederas de mártires

Detrás de cada mujer hay casi siempre un hombre o la sombra de un hombre. Y a veces surgen hombres que dan para dos mujeres, como el ex presidente argentino Juan Domingo Perón, que tuvo una mano derecha política con Evita, muerta tempranamente, y que luego le legó a los argentinos una presidenta: Isabel Martínez, su segunda esposa, que no alcanzó el brillo de la primera.

Si, en Filipinas, Cory Aquino, con el amarillo como símbolo, pudo proclamarse vencedora en las elecciones que Ferdinando Marcos intentó falsear, fue gracias a su marido, que había sido acribillado por hombres del dictador dos años antes. Y cuando, el 21 de julio de 1960, Sirimavo Bandaranaike se convirtió en Sri Lanka en la primera mujer que alcanzaba la jefatura de un gobierno en el mundo, se trató ante todo de un homenaje del pueblo a su esposo asesinado por un monje budista. Mujeres de mártires, ambas les deben a ellos su poder.

¿Habría podido Benazir seducir a sus electores sin el aura que le confiere Alí Bhutto, su padre, arrestado y luego ahorcado por el general Zia unos años antes? Para complacer a los pakistaníes, ella tuvo que contraer matrimonio antes de presentarse a las urnas. Las malas lenguas la acusan incluso de haber programado el nacimiento de su bebé de acuerdo con la fecha de los comicios.

Ser hija o esposa de un mártir es para una mujer metida en política el comienzo de su legitimación. Es también la certeza de pertenecer a un clan sin el cual no hay poder posible. Es, en fin, un motivo por el cual luchar. Pero eso no basta. Vean a Winnie —la mujer de Nelson Mandela, el líder de la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica, prisionero desde hace un cuarto de siglo— o a Coretta, la viuda de Martin Luther King. Esposas de rebeldes, fieles a su memoria, ellas son símbolos, pero no tienen poder propio. (Winnie, eso sí, ahora ha caído en desgracia debido a las acusaciones de matonaje que se les hacen a sus guardaespaldas).

Al revés, en Moscú y en Santiago se comenta que las esposas de Gorbachov y de Pinochet —que, al igual que sus maridos, no han sido elegidas— tienen una influencia real en los asuntos públicos. Una mujer que ejerció con fruición el poder detrás del trono fue la esposa del ex presidente Ronald Reagan. La influencia de Nancy Reagan llegó al punto de hacer sacar de sus cargos a embajadores y ministros. Y qué decir de su antecesora, Rosalyn Carter, que recibió el apodo de la *Magnolia de Acero* por su costumbre de sentarse en las reuniones de gabinete sin que la invitaran y sin que pudiera mantener la boca cerrada.

Asesina de hombre

Las simples esposas de algunos también participan en las decisiones. A veces incluso los inspiran, como Jiang Ching —que en un tiempo fue ''la mujer más poderosa del mundo''— gracias a su unión con Mao. Pero lo perdió todo al morir el Gran Timonel. La despiadada instigadora de la Revolución Cultural decía: ''El amor físico es agradable, pero lo que a la larga conserva su interés es el poder''.

En Francia e, incluso, en Estados Unidos —países pioneros en la participación de la mujer en la política— ha sido necesario contar con el aura de un marido. Las primeras mujeres que cruzaron las puertas del Congreso y de la Asamblea Nacional, a fines de los años '40, eran, en su mayoría, viudas de guerra. Las diputadas norteamericanas eran millonarias, y las francesas, comunistas, pero todas topaban con la misma segregación sexual. Entre los discípulos de Marx tanto como entre los liberales, el sexo llamado débil no deja de serlo si no es por la gracia de los caballeros, cuando no pueden hacer otra cosa.

Hoy, en Estados Unidos, los pioneros de la antisegregación sexual son los indios cherokee, los únicos que han tenido la suficiente audacia para elegir a una mujer como su jefa: Wilma Mankiller, apellido que significa literalmente *asesina de hombre.* Y, en Francia, la mayoría de las mujeres que en estos diez años han obtenido una banca en la Asamblea Nacional están ''bien casadas'' o son ''bien nacidas''. Pero son mucho menos numerosas en la Francia de Mitterrand que en la de posguerra. Además, ahora acceden al poder por otras vías: entran directamente al gabinete sin tener que buscar la consagración del voto universal.

Pero es duro franquear los límites de los hombres. Incluso en Islandia, esa república de mujeres, se preferiría ceñirlas a los asuntos de política familiar o de salud. Los caballeros islandeses abandonaron la presidencia al punto de no presentar candidatos hombres en las últimas elecciones, pero no están preparados para dejar el Ministerio de Economía o el de Defensa. Allí, el ministro de Relaciones Exteriores —un hombre— todavía ironiza sobre ''las mujeres lindas con lindas pequeñas ideas''.

En Italia, a los comunistas les llevó años aceptar a Nilde Iotti, la mujer de fuego de Palmiro Togliatti, elegida presidenta del Parlamento. En cambio, a los radicales —genios de la política-espectáculo italiana— les costó menos apoyar la candidatura parlamentaria de Ilona Staller, la *Cicciolina*, que cosechó miles de votos con sus senos al aire y una tórrida campaña erótico-política contra la energía nuclear y a favor de la energía sexual.

En Alemania Federal, las mujeres políticas están más expuestas que sus colegas a las trampas del poder. Eso es lo que le ocurrió a Rita Suessmuth, una democristiana que entró al gobierno del primer ministro Helmut Köhl en 1985 como ministra de Salud y de la Familia. En este cargo tenía una influencia real, pero la trasladaron a la presidencia del Bundestag (parlamento), donde, pese al prestigio que implica el título, tiene un poder muy limitado.

Los que les tienden las trampas deberían tener en cuenta lo más importante: de todos modos, gobiernan. Se enredan menos que los hombres en la ideología. Prefieren la acción cotidiana a los discursos encendidos.

La *Dama de Hierro*, ese baluarte del neoconservadurismo, sabe mostrarse pragmática. Con esa manera de abordar los asuntos de Estado como una dueña de casa cuidadosa con su presupuesto, se hizo su fortuna política. Pero no tiene eco entre las feministas británicas. Maggie se rodea de hombres porque, a sus ojos, escasean las mujeres competentes. Benazir Bhutto podría encontrarse con el mismo problema en Pakistán, donde las mujeres que, como ella, han ido a las mejores universidades de la corona británica, son sólo un puñado. En Filipinas es lo mismo: una ínfima minoría de mujeres estudió en Estados Unidos, como Cory.

¿Qué quedará en cinco o diez años de los mandatos obtenidos por la mujer de las pulseras, en Pakistán, o por la mujer de amarillo, en Filipinas? En Israel, al desaparecer Golda Meir, los hombres —ellos solos— tomaron su relevo. En India, los años de Indira no marcaron un vuelco para las mujeres, que se siguen quemando voluntariamente en la hoguera de sus esposos muertos. Aunque las mujeres son más numerosas en el Parlamento indio que en la Asamblea Nacional francesa, eso es así desde la época de Nehru, el padre de Indira, que fue primer ministro de 1948 a 1962. Y en India hubo también ministras de Economía, Relaciones Exteriores e, incluso, del Interior. Es claro que no son necesariamente las mujeres las que ayudan a otras mujeres a escalar el poder.

Luiza Erundina: hizo caer la Bolsa en seis puntos cuando fue electa intendenta.

Benazir Bhutto: para complacer a los pakistaníes, tuvo que casarse antes de presentarse en las elecciones.

Cory Aquino: gracias a su marido que fue acribillado por los hombres de Marcos, pudo vencer las elecciones.

